

Religión

UN AMERICANO TROPIEZA CON EL LIBRO DE LOS "EJERCICIOS"

Incluimos en las páginas de SIC el siguiente fragmento, tomado de la obra "La Montaña de los siete círculos", original de Tomás Merton, conocido novelista norteamericano. Lo traducimos de la revista italiana "4-Secoli", (N° 2) que se publicó en Nápoles con motivo del Año Ignaciano, la cual lo reprodujo también.

El fragmento en mención viene a resultar una caricatura del Libro de los Ejercicios Pero en este caso los elementos cómicos y pintorescos, que deforman la figura de la realidad, la reproducen en alguna manera entre risas, afirmando rasgos característicos. No es caricatura demoleadora y hostil.

Su lectura, por otra parte tentadora y fácil, podría producir estos dos efectos: Primero, despertar, en quienes lo desconozcan, viva curiosidad de conocer personalmente ese mundo de ideas al que se alude en el escrito.

Y, como en él se habla de un yerro cometido por el autor al entrarse sin guía por sus páginas, lo que podía haberse obviado acudiendo a una de las casas de Retiro de los Jesuitas, señalaríamos al lector, para no repetirlo, las que funcionan en Venezuela en Los Chorros ("Quinta Pignatelli"), en Mérida en el lugar denominado San Javier del Valle Grande, en Maracaibo, la que está a punto de inaugurarse, junto a la Urbanización de los Portuarios, a la vera de la carretera de Perijá. Quien lo deseara, podría obtener en esas casas una experiencia directa y auténtica de los fenómenos y criterios que se apuntan en el diseño del novelista norteamericano.

Segundo, resulta un índice de vitalidad y actualidad contemporánea de ese centenario libro. Lo señala el hecho de que un escritor de la hora "aerodinámica", como lo es Merton, que vibra con las trepidaciones de la vida actual norteamericana, dedique atención a este libro y a los enfoques sobre la vida que de él derivan, y lance al mercado literario sus comentarios, siquiera sea con el disfraz de lo cómico, muy en consonancia con la frivolidad del público, su cliente.

Sabe la treintena de millones de católicos norteamericanos que en sus ciudades no sólo hay rascacielos y Bancos y Fábricas de automóviles. Sino que hay también unas casas que llaman de Retiro ("Retreat House"), donde las almas condensan para su difícil vida moderna, energías más poderosas que las nucleares: Energías celestiales.

El número de ellas en EE.UU., dirigidas por Jesuitas, alcanza a 32, con un promedio anual de 2.000 visitantes ("ejercitantes" es la palabra apropiada). Y en el mundo entero existen 174 de ese tipo de casas en las cuales se han dirigido en un año 19.483 retiros cerrados, (donde sus asistentes han permanecido una duración va-

riable de 3 a 30 días), con una asistencia total de 969 356 individuos. Sin contar los retiros abiertos o misiones parroquiales, dirigidos por jesuitas asimismo, que han totalizado la cifra de 7 415 por año. (No poseemos estadísticas de otras entidades apostólicas).

¡Qué bueno sería que la "americanización" de nuestra vida, a la que nos vemos avocados por imperativo inexorable, nos llevara más bien a la importación de estas fórmulas de vida espiritual! No ya a la familiarización con las guayaberas multicolores y desahogadas para los varones y con el "short" y el "strapless" para las damas.

F. M.

Hacia unos meses que había comprado un ejemplar de los Ejercicios de San Ignacio, el cual quedó abandonado en mi estante. Hojeándolo después de algún tiempo, encontré unas señales a lápiz en el margen de dos trozos que podían ser interpretados como siniestros y jesuíticos. Uno se refería a la muerte, el otro indicaba la manera de bajar todas las persianas cuando se quiere meditar.

Siempre había tenido cierta desconfianza por los Ejercicios Espirituales, porque me había formado la falsa idea, por no haber reflexionado bien, de que aquel libro era capaz de plantarlo a uno de cabeza en el misticismo sin darse cuenta. ¿Cómo podía estar cierto de que debía estar dispuesto o a no entrar en ejercicios, o de entrar en ellos, a volar por el aire apenas me hubiera dedicado a la primera meditación? Más tarde descubrí que no corro el menor peligro de levantarme de la tierra en cuanto me entregue a la oración mental. Los Ejercicios Espirituales son muy pedestres y prácticos, porque el fin principal de ellos es permitir a los atareados jesuitas el apartar la mente del trabajo y dirigirla a Dios sin gastar un minuto.

Me hubiera gustado tener la oportunidad de seguir los "Ejercicios" según método en alguna casa de Jesuitas y bajo su dirección. En vez de ello los seguí por mi cuenta, estudiando las reglas de proceder aconsejadas por el libro y aplicándolas en la manera en que alcanzaba a entenderlas. Nunca se me ocurrió dar cuenta de lo que estaba haciendo a un sacerdote.

Recuerdo haber dedicado a los Ejercicios una hora al día durante un mes entero. Escogía una hora tranquila de la tarde en mi cuarto de Perry Street. Y, como vivía en la parte de atrás de la casa, no me distraían los ruidos de la calle. El silencio era casi absoluto. Con las ventanas cerradas, —debo advertir que era invierno—, no oía ninguna de las 5.000 radios de la vecindad. El Libro indicaba que el cuarto debía estar

en penumbra y yo bajaba las persianas de manera que apenas tuviera luz más que para ver las páginas y el Crucifijo colgado sobre mi cama. El Libro me invitaba asimismo a considerar qué tipo de postura debía adoptar durante la meditación. Se me concedía amplia libertad para escogerla, con tal de que me quedara más o menos donde había empezado y no pasara por el cuarto rascándome la cabeza y hablando en alta voz.

Reflexioné y recé sobre este importante problema. Y al final llegué a la conclusión de meditar sentado en el suelo con las piernas cruzadas. Se me ocurre que los jesuitas hubieran quedado desagradablemente impresionados, si me hubieran sorprendido, dedicado a sus Ejercicios, sentado en el suelo como Mahatma Gandhi. Pero el resultado fué estupendo. Y cuando no debía mirar al libro, tenía la mirada fija en el Crucifijo o en el suelo. Después de haber rezado, permaneciendo en la actitud expresada, empecé a considerar las razones por las cuales Dios me había puesto en el mundo.

"El hombre es creado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios. Nuestro Señor, y mediante esto salvar su alma; y las otras cosas sobre la faz de la tierra son creadas para el hombre, y para que le ayuden en la prosecución del fin para que es creado. De donde se sigue, que el hombre tanto ha de usar de ellas, cuanto le ayudan para su fin, y tanto ha de quitarse de ellas, cuanto para ello le impiden. Por lo cual es menester hacernos indiferentes a todas las cosas creadas, en todo lo que es concedido a la libertad de nuestro libre albedrío, y no le está prohibido; en tal manera que no queramos de nuestra parte más salud que enfermedad, riqueza que pobreza, honor que deshonor, vida larga que corta, y por consiguiente en todo lo demás; solamente deseando y eligiendo lo que más

nos conduce para el fin que somos creados’.

Las verdades grandes, simplices y radicales del “Fundamento” eran para mí demasiado grandes y radicales. Solo, por mis luces, no llegaba ni a arañar la superficie del mismo. Recuerdo vagamente haber fijado mi mente en este concepto de “indiferencia” acerca de todas las cosas creadas, con respecto a la enfermedad y a la salud, y de haber sentido un poco de miedo. ¿Quién era yo para llegar a entender esto? Si pescaba un resfriado, me atiborraba de pastillas de aspirina y de limonadas hirviendo y me metía en la cama alarmadísimo. Y resulta ahora que un libro me aconseja que debo quizá quedarme frío como un frigorífico, inclusive frente a una muerte violenta. ¿Cómo hubiera podido entender de lleno la palabra “indiferencia”, si nadie me la explicaba? No había manera de distinguir entre la indiferencia de la voluntad y la de los sentimientos, ésta última desconocida hasta por los mismos santos. Y así, preocupado por esta dificultad, que me la había creado yo solo, perdí el verdadero fruto de esta meditación fundamental, que hubiera consistido en aplicar el principio a todas esas cosas hacia las cuales me sentía inclinado y que siempre tendían a meterme en líos.

Peró el verdadero valor de los “Ejercicios” se me reveló, cuando llegué a las distintas contemplaciones, en particular a los misterios de la vida de Cristo. Dócilmente seguí todas las reglas de San Ignacio sobre la “composición de lugar”. Me senté en la Santa Casa de Nazareth, junto con Jesús, María y José. Observé lo que hacían. Oí lo que decían y así por el estilo. Provoqué en mí, afectos, adopté resoluciones, terminé con un coloquio y al final hice un breve examen retrospectivo para valorar cómo se había desarrollado la meditación. Todo esto era tan nuevo e interesante y el afán de aprender me absorbía en tal manera, que estaba demasiado ocupado para poderme distraer. La parte más vital de cada meditación era siempre la aplicación de los sentidos (escuchar los alaridos de los condenados en el infierno, oler la carne corrompida que se quema, ver los demonios que se lanzan hacia mí para arrastrarme con los otros) y otras sensaciones parecidas.

De lo que recuerdo, un particular teológico me causó una impresión mucho más profunda que los otros. Durante la primera semana, después de haber considerado la gravedad del pecado mor-

tal, había dedicado mi atención a los peligros del pecado venial. Y he aquí que ahora de improviso, mientras el horror del pecado mortal había quedado en mí un poco abstracto y ello, sencillamente porque la cuestión tenía demasiados aspectos y demasiados ángulos, ví claramente la malicia del pecado venial como ofensa a la bondad y amable benevolencia de Dios, sin mirar al castigo. Terminé esta meditación profundamente convencido del desorden y de la malicia, de la cual se da prueba cuando se prefiere la voluntad y satisfacción propias a la voluntad de Dios, por cuyo amor fuimos creados.

En la gran meditación de “Dos Banderas”, donde es menester alinear en un campo el ejército de Cristo y en otro el ejército del demonio, y examinar con cuidado las tácticas de cada uno, me creé una atmósfera demasiado al estilo de Cecil B. De Mille, para poder sacar provecho. Pero en las consideraciones que me hice a propósito de la elección de estado me sucedió una cosa rara que me asustó un poco. En todo el retiro fue el único accidente que tuvo sabor de una intervención sobrenatural.

Había hecho la elección de un estado de vida: iba a hacerme Franciscano. Según eso, me dediqué a los siguientes pensamientos, sin mucho interés personal. Estaba dando vueltas a las consideraciones de lo que se debería hacer de las propias posesiones terrenas, (meditación que hubiera podido ser útil a quien tuviera de verdad posesiones de las cuales pudiera disponer), cuando sonó el timbre. Toqué el botón que abría la puerta de entrada y fui hacia las escaleras pensando que se trataba de un amigo.

Pero resultó ser un hombrecillo con un sobretodo color ratón, a quien nunca había visto antes de ese momento.

—“¿Es Ud. Tomás Merton?”, me preguntó apenas llegó al piso.

No pude negarlo y entró en mi cuarto y se sentó en la cama.

—“¿Ha escrito Ud. la recensión del libro acerca de H. Lawrence en la reseña literaria del Times, el domingo pasado?”, me preguntó.

Ya estoy de nuevo en un lío. Yo había juzgado favorablemente un libro sobre Lawrence escrito por Tyndall. Era exactamente un libro apto para hacer enloquecer de dolor y de cólera a todos aquellos que de Lawrence habían hecho un Mesías. Por aquella recensión había recibido ya una carta furibunda y pensé que ahora alguien había venido a arrancarme la piel, si no prometía retractarme.

—“Sí”, dije “He escrito esa recensión ¿Qué? ¿No le gustó a Ud?”

—“Oh! No, de ninguna manera No la he leído”, respondió el hombrecillo “Me la leyó el Sr Richardson y me ha hablado de ella”

—“¿Quién es el Sr Richardson,”

—“¿No lo conoce” Vive en Norwalk. Hablaba con él precisamente ayer acerca de su recensión”

—“No conozco a nadie en Norwalk”, dije No llegaba a entender si aquel Sr Richardson había quedado satisfecho o no de mi escrito Pero no me preocupé

—“He viajado todo el día”, dijo con aire pensativo “Estuve en Elisabeth, en Jersey, después en Bayonne, después en Nueva Jersey y más tarde en Newark Y cuando estaba regresando por el subterráneo del Hudson, recordé la conversación del Sr Richardson sobre Ud Y me vinieron ganas de venirlo a conocer

De manera que había estado en Elisabeth, en Bayonne, en Newark y ahora estaba sentado en mi cama, con un sobretodo color ratón y su sombrero en la mano.

—“¿Vive Ud en Nueva Jersey?”, inquirí con intención de mostrarme cortés.

—“Oh! no Yo iba a Connecticut”, respondió rápidamente. Pero sin lugar a dudas hasta el presente no había hecho otra cosa sino meterme en un embrollo. Después entró en complicados pormenores geográficos con respecto a su lugar de residencia. Explicó cómo le sucedió el encontrarse con aquel Richardson de Norwalk. Y después dijo: “Cuando vi el anuncio en el periódico decidí irme a Nueva Jersey”.

—“¿El anuncio?”

—“Sí, el anuncio del puesto que buscaba en Elisabeth y que no pude obtenerlo Y ahora no tengo ni dinero para volverme a Connecticut”.

Por fin empecé a entender de lo que se trataba El visitante me estaba haciendo una relación larga y complicada acerca de todos los puestos que no había podido obtener en Nueva Jersey. Y con raro temor y con entusiasmo, empecé a pensar dos cosas: “¿Cuánto le debo dar? y “¿Cómo explicar la coincidencia de que aquel individuo entrara precisamente cuando estaba haciendo la meditación sobre la oportunidad de darlo todo a los pobres?”

La probabilidad de que un Angel se escondiera debajo de aquel sobretodo color ratón me golpeó con una fuerza tan impresionante como evidentemente absurda Y cuanto más lo pienso, más me convengo de las probabilidades de que Dios me haya enviado un Angel con la orden de someterme a prueba y despistarme hablando como un personaje de las novelas complicadísimas que se publican en el Nev. Yorker

De todas maneras volteé los bolsillos con las manos y puse sobre el escritorio billetes de un cuarto de dólar y monedas de cobre y de níquel. Naturalmente, si aquel hombre era un Angel, la cuestión se reducía a una prueba y yo debía haberle dado todo lo que tenía, quedándome por consiguiente sin comida Dos cosas me detuvieron: primero, el deseo de la comida y segundo, el hecho de que el desconocido pareció darse cuenta de que yo me abandonaba a un flúido secreto de pensamientos, que los interpretó como pensamientos de fastidio. Calculando que estaba yo un poco perplejo, demostró mucha rapidez en recoger lo poco que había conseguido para él, a tiempo que daba la sensación de que aquello le bastaba. Se precipitó hacia afuera metiéndose en el bolsillo el dólar y aquel poco de “sencillo”, mientras me dejaba en un estado tal de desconcierto que no pude volverme a sentar con las piernas cruzadas para continuar la meditación. Estaba todavía preguntándome si debía correr hacia abajo para alcanzarlo y darle el otro dólar que me quedaba

Pero el querer aplicar a aquella circunstancia la regla de San Ignacio me resultó bastante bien. Le había dado alrededor de los tres quintos de mi capital líquido

Quizá fué mejor el que no le hubiera dado todo, quedándome sin cena Me hubiera pavoneado con tanta pompa (Hubiera cacareado de inmediato que de casualidad no me había muerto del susto. Acto seguido hubiera llamado por teléfono a un amigo para que me prestase algo). Total que todo el asunto hubiera acabado por no tener el menor mérito. No obstante, aunque su historia era insulsa e inconexa, por más que no fuese un Angel, era algo más, si se aplica la regla de Cristo a propósito de lo que se hace al más pequeño de sus hijos. De todos modos, el episodio sirvió para dar fuerza a mi meditación.